

retiraron casi todos a sus casas, como si tales cosas hubieran sucedido (32), sin intentar nada con los prisioneros, que en pocos días comienzan varios a andar por la calles con entera libertad mientras desaparece Saget, para remitirlos a todos para Chiriquí. En toda la campaña dispararían de la plaza como 14 ó 16.000 tiros y de los pueblos como 200.000. Cien de cañón de la plaza y 2 ó 3.000 de fuera. Sobre los muertos, en general, excederán de 100 y los heridos de 200; pero con certeza, luego que se averigüe por el Gobierno, te lo comunicaré (33).

.....
También con Francisco María Oreamuno, mi hermano político (34), que es Ministro nombrado con aprobación general del Estado, nos interesamos en que, según la escasez del erario lo permita, se les ponga pensión a las viudas y huérfanos de los mismos finados.

La caída de Morazán

Por Don Ricardo Fernández Guardia

Desde los últimos días de agosto de 1842 reinaba en la ciudad de San José mucha zozobra. Las gentes presentían que algo grave iba a ocurrir; pero muy pocas eran las que estaban en el secreto de lo que esto pudiera ser. A pesar de tantas calamidades como afligían al país, el pueblo josefino no estaba desalentado, persistiendo en su actitud hostil contra Morazán, cuya furia por los sangrientos sucesos de Guanacaste era objeto de muchos comentarios, especialmente por haber vuelto las espaldas en silencio al venerable Dr. don Pedro Molina, su devoto partidario y fiel amigo, cuando este prócer de la Independencia se echó a sus pies bañado en lágrimas, para suplicarle que no quitase la vida a su hijo Manuel Angel, injustamente acusado de fraidor.

La clase acomodada de San José, herida en sus intereses pecuniarios por las exacciones, había salido al fin de su oposición pasiva, haciendo sigilosamente causa común con el pueblo. En su seno se fraguó esa conspiración de la que nada se sabe hoy, fuera de que el teniente coronel don Florentino Alfaro, comandante de la plaza de Alajuela, entró en el plan, seguramente

(32) ¿No hubieran sucedido? N. de R. F. G.

(33) Se puede afirmar que este cálculo es muy inferior a la realidad, salvo que se refiera únicamente a las pérdidas de Morazán. Las de los rebeldes fueron bastante mayores. N. de R. F. G.

(34) Esta referencia al parentesco con el señor Oreamuno, es lo que ha permitido identificar a don Francisco de Paula Gutiérrez con el autor de la carta, que fué publicada en diciembre de 1842 por el *Redactor Oficial de Honduras*, omitiendo la firma. N. de R. F. G.

de acuerdo con su hermano don José María. Los agentes ingleses y de los otros Estados de Centro América que, según han dicho algunos, fomentaron el complot, no pasan de ser una fábula. Ni en los documentos históricos ni en la tradición se encuentra huella alguna de tales agentes, que de haber existido habrían sido a buen seguro descubiertos. El 4 de setiembre hubo un gran alarde de fuerza militar con motivo de las solemnes exequias que se hicieron al general Enrique Rivas en la iglesia mayor de San José, y pocos días después corrió la voz de los fusilamientos del teniente Josefino José María Guerrero en Guanacaste y del coronel Manuel Angel Molina en Puntarenas, causando en el público gran indignación. Se respiraba en la capital una atmósfera de tormenta.

Tal era el estado de cosas el sábado 10 de setiembre cuando por la tarde de este día entraron dos individuos en la *taquilla* o estanquillo que llamaban de Ña Liberata, en la intersección de la actual avenida 5ª y de la calle 3ª, esquina Sudoeste. Uno de ellos, mocetón muy forzado de Tibás, pagó el aguardiente que habían pedido; pero antes de que él y su compañero pudieran tomárselo, dos de los apodados *cachurecos* o sean militares traídos por Morazán que allí estaban; se precipitaron sobre los vasos y se los bebieron en un decir amén. El mocetón los reconvino, los soldados replicaron con injurias y el ofendido les cerró la boca a puñetazos. A la bulla llegaron otros morazanistas que andaban por ahí cerca al olor del estanquillo, y como el de Tibás se había largado por el corral de la casa, temeroso de que lo llevasen a la cárcel, cayeron sobre su acompañante poniéndolo en estado lamentable. Se presentaron entonces gentes de la vecindad para tomar su defensa y se armó la de Dios es Cristo. Los militares tuvieron al fin que abandonar el campo, perseguidos a pedradas y a los gritos de ¡*Mueran los cachurecos!* Al pasar éstos frente a una casucha situada cerca del estanquillo, salió a la puerta una mujer con, un caldero de agua hirviendo en las manos, lanzándolo sobre ellos.

Camorras como ésta las había a menudo en los barrios populares y arrabales de San José, debidas a la procacidad y desvergüenza de la soldadesca morazanista; pero la que se ha relatado fué excepcional por las gravísimas consecuencias que tuvo, a causa del estado de exasperación en que se encontraban los ánimos. La noticia de lo acontecido en la taberna corrió como un reguero de pólvora por toda la ciudad, con las exageraciones de costumbre al pasar de boca en boca. Los vecinos salieron a las calles, agrupándose para comentar airadamente el suceso y maldecir a los aborrecidos *cachurecos*, a quienes calificaban, no sin razón, de carne de presidio. En vez de irse calmando, la efervescencia crecía por momentos y en proporciones alarmantes. Informado Morazán de lo que pasaba, creyó que bastaría su presencia para restablecer el orden y, montando a caballo con una escolta de oficiales, salió a recorrer la capital. A su paso callaban las voces, pero en todos los semblantes podía leer la ira y la hostilidad a duras penas contenidas. Solamente hubo una mujer que se atravesase a tirarle una piedra, sacando uno de los oficiales de la escolta la pistola, que su general le hizo guardar.

Con todo Morazán no se dió cuenta de la gravedad de la situación o la desdeñó. Así permite creerlo la circunstancia de que no tomara ninguna medida para precaverse, como habría sido la de hacer rondar la capital durante la noche, impidiendo con esto que a favor de la oscuridad se organizase la revuelta, a instigación de cabecillas improvisados que recorrían libremente las calles enardeciendo a los hombres, a la vez que recomendaban a las mujeres preparar todo lo necesario para que no faltasen los víveres al siguiente día, en que ya nadie dudaba de que se iba a combatir. Aquella noche, salvo Morazán y sus militares reconcentrados en los cuarteles, nadie cerró los ojos en la ciudad.

Al amanecer del 11 de setiembre no quedaba en San José una arma que no estuviese en buenas manos. Formados en guerrillas, los insurrectos sitiaban la manzana del Principal, cuartel de los *cachurecos*, la de Los Almacenes, ocupada por los cartagineses, y el Cabildo en que habían puesto a los 200 josefinos. A las seis de la mañana se supo que Alajuela se había pronunciado cuatro horas antes, noticia que causó gran entusiasmo: pero no se rompieron las hostilidades, porque se estaba en espera de un jefe militar de prestigio que dirigiese las operaciones, siguiendo así los rebeldes hasta cerca de las ocho, hora en que el coronel retirado don Antonio Pinto, quien después de excusarse otros, había admitido el cargo de acaudillar la revuelta, salió de su casa con un grupo de oficiales josefinos, alajuelenses y heredianos, dando la orden de ataque, que fué recibida con gritos de alegría. Don Domingo Carranza pudo penetrar en el Cabildo y sublevó a la tropa josefina, saliendo con ella hacia Los Almacenes para ver de conquistar también a los cartagineses, pero su intento se frustró. En seguida se apoderaron los rebeldes de los dos polvorines situados en las afueras de la población, resultando de mala calidad casi toda la pólvora que allí había.

La falta de buenas armas de fuego, sí como la escasez de municiones, hicieron que los ataques fuesen débiles al principio, por lo que Morazán se limitó a mantenerse a la defensiva. Creía poder apaciguar la rebelión con paciencia y mediante negociaciones en las que intervinieron don Juan Mora Fernández, Vicejefe del Estado, el presbítero don José Antonio Castro, capellán del Ejército, y otras personas. Prometió a los heredianos que no irían a la guerra, consiguiendo así que regresara a sus hogares la mayor parte de los que habían salido para San José, a fin de participar en la revuelta, y escribió a las autoridades de Alajuela con la esperanza de hacerlas volver a la fidelidad. Los tiroteos no cesaron durante el resto del día y toda la noche.

En la mañana del 12 la situación era la misma. No obstante la negativa de Pinto a entrar en negociaciones, Morazán seguía creyendo que las cosas se arreglarían sin necesidad de mucho derramamiento de sangre; porque faltándoles a los insurrectos los elementos indispensables para una acción vigorosa, conjeturaba que no tardarían mucho en verse obligados a capitular. Por otra parte recibió de Alajuela noticias que le parecieron favorables y por la tarde una carta del capellán Castro, insinuándole que hiciese ofrecimientos a los josefinos pronunciados la víspera en el Cabildo. Contestó que

ante todo nombrasen éstos un representante para saber lo que pretendían, no pudiendo referirse sus demandas ni a Heredia ni a Alajuela, por no haber ya dificultades con estas poblaciones, agregando que si no había batido a las pocas guerrillas que tiroteaban la plaza era tan sólo por ahorrar sangre; pero que tenía soldados, artillería numerosa y sobre todo mucha decisión. Esta carta, cuyo principal objeto era el de amedrentar a los rebeldes, ya no pudo llegar a su destino, porque a las cuatro de la tarde, hora en que fué escrita, cambió repentinamente la situación al llegar a San José don Florentino Alfaro con 450 hombres bien armados y pertrechados, que atacaron Los Almacenes, desalojando de allí a los cartagineses. Corrieron éstos a refugiarse en el Principal y, al recibirlos en la puerta, Morazán fué herido de un balazo en el carrillo izquierdo. Con el refuerzo de los alajuelenses arreció mucho la acometida de los insurrectos, que iban estrechando el cerco de la manzana del Principal. Con este motivo salieron guerrillas del cuartel para rechazarlos. La pelea siguió durante toda la noche.

El 13 los ataques de Pinto y Alfaro eran cada vez más fuertes. Por su parte los veteranos de Morazán peleaban con gran coraje y lo mismo hacían los cartagineses. Salieron de nuevo del cuartel sitiado guerrillas que tomaban resueltamente la ofensiva a las órdenes del general Cabañas, cuyo valor heroico admiraban todos. Por la mañana, el teniente coronel don Pedro Mayorga, comandante de Cartago, había acudido en auxilio de Morazán con una fuerza importante, encontrando entre Curridabat y San Pedro de Montes de Oca un destacamento de josefinos y alajuelenses, que mandaban don Luz Blanco y don Pedro Saborío, reputados militares. En el fuerte combate que allí hubo fueron vencidos los cartagineses. Mayorga se retiró a Cartago y, juzgando que los rebeldes iban a triunfar, proclamó por la noche la unión de esta ciudad a los pueblos sublevados, tanto para evitar que se cumpliese la amenaza de incendiarla proferida por los josefinos, como para salvarse él de las consecuencias que pudiera acarrearle su ardiente morazanismo.

En San José continuó la lucha encarnizada durante todo el día, acentuándose cada vez más la ventaja de los rebeldes, cuyo número aumentaba sin cesar con hombres procedentes de los pueblos de la Meseta Central. Al anoecer y viéndose perdido, Morazán escribió a don Antonio Pinto haciéndole proposiciones de paz. Contestóle Pinto que a cambio de su rendición le garantizaría su vida y sus bienes. Morazán le pidió entonces las mismas garantías para todo su ejército; y habiendo manifestado Pinto su anuencia a concederlas, se opusieron a esto los que le rodeaban, entre los cuales había parientes y amigos de Carrillo, aferrados en que no se dejase impune a Villaseñor, cuya felonía de El Jocote retribuyó Morazán con el grado de general de división y el cargo de general en jefe del ejército. Hubo con este motivo acaloradas discusiones que duraron toda la noche, hasta que al final impuso Pinto su voluntad, firmando a las cuatro y media de la mañana del 14 su respuesta favorable a Morazán. Acababa de hacerlo cuando le dieron la noticia de que éste había roto el cerco, partiendo con toda su tropa para Cartago.

Después de largas horas de espera, Morazán había perdido la esperanza de que fuese aceptada su última proposición, y no queriendo continuar la lucha en tan malas condiciones como estaba, sin víveres, escaso de pertrechos y con su gente ya muy reducida, resolvió jugar el todo por el todo. Aprovechando la coyuntura de un gran aguacero que había obligado a los sitiadores a guarecerse en las casas, salió del Principal a paso de carga, precedido de jinetes que iban cortando las cuerdas atravesadas en las calles y removiendo las carretas y otros obstáculos colocados en las que se dirigían al Este, por donde se temía que pudieran escapar los sitiados. Mediante esta maniobra consiguieron éstos salir sin grandes dificultades al camino real de Cartago.

Una vez fuera de la ciudad, Morazán confió el mando de los 300 hombres que le quedaban, entre forasteros y cartagineses, al intrépido Cabañas y se adelantó a caballo, impaciente de llegar a Cartago en cuya fidelidad y la de Mayorga cifraba su última esperanza, ignorando la defección de este comandante ocurrida la noche anterior. Acompañado de su hijo Francisco, adolescente aún, de los generales Villaseñor y Saravia y del subteniente Antonio Vigil llegó a las siete de la mañana a casa de Mayorga, en cuya sala vió al entrar la urna que contenía las cenizas del Gran Mariscal don José de la Mar, recién exhumadas para remitirlas al Perú. Mal presagio. Mayorga se ocultó avergonzado y para no comprometerse. Por el contrario, su mujer doña Anaclea Arnesto, noble y virtuosa dama, le brindó cordial hospitalidad y todos los medios a su alcance para que huyese por el camino del puerto de Matina, donde podría embarcarse. Morazán le dijo que estaba obligado a correr la misma suerte que los suyos.

Hacia el mediodía el general Cabañas y sus 300 hombres extenuados, hambrientos y muchos de ellos heridos, llegaron a la cuesta de Quircot, donde estaba Mayorga con una avanzada que había puesto en ese lugar después del arribo de Morazán. Cabañas se detuvo para reconocerla y allí se le desertaron algunos cartagineses, que siguieron al comandante al replegarse éste con su gente a Cartago, sin haber querido hablar con el general hondureño, que estaba ansioso de saber lo que le ocurría a su jefe. Al llegar a la ciudad, Mayorga traspasó la comandancia de la plaza a don Juan Freses Neco y se fué para Matina, dejando a Morazán abandonado a su suerte y sin que éste le hubiese visto la cara.

Cabañas, muy inquieto por la actitud de Mayorga, siguió marchando hacia Cartago y en el puente de Taras fué notificado por un oficial de que sería recibido como enemigo si intentaba penetrar en la plaza con su tropa. Llegaron allí también don Buenaventura Espinach, don Francisco Giralt y don Félix Sancho, que venían de la ciudad para entrevistarse con Cabañas y le dijeron que Morazán no estaba preso, porque la guardia que tenía en casa de Mayorga era de honor; pero éste es un punto oscuro que no ha sido posible aclarar, aunque lo más creíble es que esa guardia de honor dejase de serlo al cambiar de manos la comandancia de la plaza, o sea después de haber salido de Cartago los tres caballeros susodichos, que creían decir la

verdad. En el curso de esta conversación fué atacado de pronto Cabañas a retaguardia por la fuerza josefina que lo venía persiguiendo, al mando del capitán José Castro, y casi toda su tropa se desbandó; sin embargo pudo huir con los pocos hombres que le quedaron, siendo al fin capturado a las diez de la noche cerca del caserío de Juan Viñas, encontrándose ya enteramente solo.

Desde que llegó a Cartago la tropa josefina, Morazán y los militares que le acompañaban fueron tratados como prisioneros. Sabiendo que para él no habría misericordia, Villaseñor se asestó una puñalada en el pecho, hiriéndose gravemente, y Saravia fué atacado de una gran inquietud nerviosa, que le produjo una perturbación mental. Sólo Morazán conservó su entereza. A las seis de la tarde se les pusieron grillos a los prisioneros, ultraje que no tiene disculpa. Morazán lo sufrió estoicamente, pero Saravia no lo pudo soportar, matándose con una fuerte dosis de estricnina. Mientras sucedía en Cartago esta tragedia, San José estaba a punto de presenciar otras no menos lamentables; porque la turba victoriosa y desenfrenada pedía a gritos venganza contra los prisioneros tomados a Morazán, los costarricenses que le sirvieron y hasta contra su familia, azuzada en esto por un médico francés, teniendo Pinto que protegerlos a todos.

Resuelto el traslado de los prisioneros a la capital, salieron de Cartago en la mañana del 15, Morazán a caballo y Villaseñor conducido en una hamaca, custodiados por el capitán Castro y su tropa. Llegaron a San José a la una de la tarde. Un gran gentío los aguardaba desde lo alto de la cuesta de Las Moras hasta Los Almacenes. Como lo escribió Morazán en su última carta dirigida al general Saget, allí había cinco mil hombres que presentaban "un semblante investido del furor del más valiente guerrero". No se oyó sin embargo una injuria ni siquiera una voz descompuesta. En aquella multitud reinaba un silencio de muerte. Morazán fué llevado a la Casa de Gobierno, donde está hoy el Palacio Nacional.

Empezó entonces el último acto de la tragedia, al plantearse la cuestión de lo que se iba a hacer con los prisioneros. El pueblo tenía ya decretada su muerte y la exigía; pero no faltaban personas sensatas que abogasen por que se les perdonara la vida y a esto se inclinaba don Antonio Pinto. Por desgracia éste ya no era dueño de la situación, por haberse sumado la poca tropa disciplinada a la numerosa plebe en armas, que se iba exaltando más y más a medida que pasaba el tiempo sin que se resolviera el asunto, llegando al extremo de amenazar con que mataría a todos los prisioneros, a todos los costarricenses morazanistas, inclusive a los diputados a la Asamblea constituyente, y hasta al mismo Pinto si no eran ejecutados Morazán y Villaseñor. "Esta voz terrible—escribe el caudillo de la rebelión—pasaba de fila en fila entre los soldados y era proferida aún por las mujeres y los niños de la manera más imponente, añadiendo que no dejarían pasar el día sin que verificasen su amenaza. En vista de esto calculé que en efecto cumplirían sus promesas; que en este caso, sin que se salvaran los generales Morazán y Villaseñor, iban a ser sacrificados de la manera más atroz todos

los restos del ejército federal y muchos costarricenses . . . Tales consideraciones me pusieron en la dura necesidad de mandar ejecutar a los generales Morazán y Villaseñor, no permitiendo las circunstancias trámite alguno ni más tiempo que el de tres horas para que se dispusiesen a la muerte."

La ejecución se llevó a cabo, en medio de un profundo silencio, hacia las seis de la tarde del 15 de setiembre, cerca de la esquina Sudoeste de la plaza de armas, hoy Parque Central, contra una tapia que allí había. Morazán murió heroicamente, de pie y sin permitir que le vendasen los ojos, dando él mismo las órdenes a los soldados que lo fusilaron.

("Morazán en Costa Rica", por Ricardo Fernández Guardia, Imprenta Nacional. San José, C. R., 1942).

Genealogía del General Francisco Morazán y Quesada

Por el Br. don Salvador Turcios R.

Sus padres: Don Eusebio Morazán que nació en 1771 y doña Guadalupe Quesada que nació en 1765.

Sus hermanos: doña Marcelina que nació en 1803 y doña Cesaria que nació en 1805 y don Benito en 1806 se hizo Sacerdote.

El General Francisco Morazán nació en Tegucigalpa el 3 de octubre de 1792, fué bautizado en la Iglesia Parroquial de San Miguel de Tegucigalpa el 16 de octubre de 1792 por el Presbítero Juan Francisco Márquez y apadrinado por doña Gertrudis Ramírez.

Se casó con doña María Josefa Lastiri viuda de Travieso en 1826, con quien tuvo una hija legítima: Adela que nació en San Salvador en 1838 y falleció en 1921, fué casada con el Lic. Cruz Ulloa.

PRIMERA GENERACION

Ulloa-Morazán

Francisco que casó con doña Alice Main,

Esteban que casó con doña Elisa Duke,

Doña Josefina—gemela—casó con el hondureño don José Antonio López Gutiérrez,

Doña Mercedes—gemela—casó con don Alberto Bustamante.

SEGUNDA GENERACION

Ulloa-Main

Aida casó con Winnal Dalton; Eva.